



bam  
bú



Por primera vez en castellano,  
uno de los *best sellers* más queridos  
de la literatura juvenil británica.

*El amigo  
secreto  
de Barney*  
Clive King

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *Stig of the Dump*

© del texto, Clive King, 1963  
© de la traducción, María Enguix Tercero, 2012  
© de la ilustración de cubierta,  
Carmen Segovia, 2012  
© de esta edición, Editorial Casals, S.A., 2012  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
www.editorialbambu.com  
www.bambulector.com

Coordinación de la colección:  
Jordi Martín Lloret  
Diseño de la colección:  
Nora Grosse, Enric Jardí

Primera edición: septiembre de 2012  
ISBN: 978-84-8343-208-2  
Depósito legal: B-13674-2012  
*Printed in Spain*  
Impreso en Edigrafos, S.A.  
Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción,  
distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser  
realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase  
a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta  
obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);  
91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

|    |                       |     |
|----|-----------------------|-----|
| 1. | El suelo cede         | 7   |
| 2. | Excavando con Stig    | 17  |
| 3. | Calienta dos veces    | 37  |
| 4. | De cacería            | 51  |
| 5. | Los Snarget           | 63  |
| 6. | Desollado y enterrado | 77  |
| 7. | Modales festivos      | 91  |
| 8. | Noche de San Juan     | 111 |
| 9. | Los menhires          | 123 |

# 1. *El suelo cede*

Si te arrimas demasiado al borde de la cantera, el suelo cederá. Eso es lo que le decían a Barney cada dos por tres. Todo el mundo se lo había dicho. Su abuela, cuando venía a pasar unos días con ella. Su hermana, cuando no le hablaba de cualquier otra cosa. Barney tenía la sensación, en algún punto cerca de su estómago, de que podía ser verdad que el suelo cediese. Pero, aun así, no era lo mismo que te lo contasen que verlo con tus propios ojos. Y hoy era uno de esos días grises en los que no había nada que hacer, nada a lo que jugar y ningún sitio adonde ir. Salvo a la cantera de caliza. El vertedero.

Barney cruzó la desvencijada valla y fue hasta el borde de la cantera. En su día esto fue la ladera de un cerro, pensó para sí. Unos hombres vinieron a extraer caliza y dejaron este enorme agujero en la tierra. Pensó en todas las barritas de tiza que se habrían fabricado con ella y en todas las pizarras de todos los colegios en las que habrían escrito. Seguro que excavaron y excavaron durante cientos de años. Y luego se cansaron de excavar, o alguien les dijo que parasen o terminarían excavando el cerro entero. Y ahora no sabían qué hacer con ese agujero

vacío e intentaban rellenarlo de nuevo. Todo aquello que la gente no quería iba a parar al fondo de la cantera.

Barney gateó por la hierba áspera y asomó la cabeza. Las paredes de la cantera eran de caliza blanca, con bandas de pedernal que sobresalían como huesos en algunos tramos. Arriba, la tierra era marrón y quebradiza y se veían las raíces de los árboles que crecían en el borde, luego se curvaban, se rizaban en el aire y volvían a hundirse en la tierra. Otros árboles pendían del borde, sostenidos apenas por unas pocas raíces. La tierra y la caliza a sus pies habían caído y, el día menos pensado, también ellos caerían al fondo de la cantera. Hilos de hiedra y de esa enredadera conocida como Barba de Dios colgaban en el aire.

Mucho más abajo estaba el fondo de la cantera. El vertedero. Barney vislumbró unos extraños trozos de escombros entre el musgo, los saúcos y las ortigas. ¿Era eso el timón de un barco? ¿La cola de un avión? Por lo menos había una bicicleta de verdad. A Barney no le cabía duda de que la haría funcionar si lograba recuperarla. No le dejaban tener bici.

Deseó estar en el fondo de la cantera.

Y el suelo cedió.

Barney notó que la cabeza le iba hacia abajo y las piernas hacia arriba. Se oyó el sonido de la tierra al desprenderse. Lo siguiente fue Barney cayendo, aún agarrado a un manojito de hierba que caía con él.

«Esto es lo que ocurre cuando cede el suelo», pensó. Acto seguido pareció dar una voltereta completa en el aire, chocó contra un saliente de caliza a medio camino, atravesó algunas enredaderas, hiedras y ramas, y aterrizó en un lecho de musgo.

Sus pensamientos hicieron esas cosas curiosas que hacen cuando uno se da un golpe en la cabeza y de repente se encuen-

tra pensando en lo que cenó el martes pasado, mezclado con lo del siete por seis, cuarenta y dos. Barney permaneció tumbado con los ojos cerrados, aguardando a que sus pensamientos dejasen de mezclarse. Luego abrió los ojos.

Yacía en una especie de refugio. Al mirar hacia arriba vio un tejado, o parte de un tejado, hecho con ramas de saúco, una vieja alfombra muy raída y chapas de hierro viejas y oxidadas. Había un agujero grande, por el que debía de haberse caído. Vio las blancas paredes del barranco, los árboles y las plantas trepadoras en la cima, y un cielo por el que pasaban nubes.

Barney decidió que no estaba muerto. Ni siquiera parecía haberse lastimado gravemente. Volvió la cabeza y miró a su alrededor. La guarida estaba oscura después de mirar la blanca caliza, y no pudo ver bien qué clase de lugar era. Parecía en parte una cueva excavada en la caliza y en parte un refugio construido sobre la boca de la cueva. Se respiraba un olor frío y húmedo. Caían tijeretas y cochinillas por el agujero que había hecho en el tejado.

Pero ¿qué le había pasado en las piernas? No pudo sentarse cuando lo intentó. No le respondían las piernas. Igual me las he roto, pensó. ¿Y entonces qué hago? Se miró las piernas para comprobar si estaban bien y descubrió que se le habían enredado en la planta trepadora de la pared del barranco. ¿Quién me ha atado?, se preguntó. Pataleó para intentar liberarse, pero no había forma: metros y metros de ramas se descolgaban por el barranco. Supongo que me habré enredado con ellas al caer, pensó. Seguramente me habría partido el cuello de no haber sido así.

Permaneció quieto y volvió a escudriñar la cueva. Ahora que los ojos se le habían acostumbrado a la oscuridad, podía ver mejor las profundidades.

¡Había alguien ahí!  
¡O algo!

\*

Algo, o Alguien, tenía un montón de pelo negro enmarañado y dos ojos negros brillantes que miraban con seriedad a Barney.

—¡Hola! —saludó Barney.

Algo no respondió.

—Me he caído por el barranco —continuó Barney.

Alguien gruñó.

—Me llamo Barney.

Alguien-Algo hizo un ruido que sonó a «Stig».

—¿Podría ayudarme a desenredarme las piernas, señor Stig? —preguntó amablemente Barney—. Llevo una navaja de bolsillo —añadió, recordando que llevaba en el bolsillo una navaja que había encontrado entre las virutas del suelo en el taller de su abuelo. Era una navaja bastante buena, sólo que se había soltado una hoja y la otra estaba partida por la mitad y desafilada.

«Buena idea haberla metido en el bolsillo», pensó. Se retorció para poder alcanzar la navaja y logró abrir la hoja partida y oxidada. Intentó llegar a las ramas que tenía enredadas en las piernas, pero descubrió que era difícil cortar enredaderas con una navaja desafilada cuando se tienen los pies atados sobre la cabeza.

La Cosa sentada en el rincón parecía mostrar interés. Se levantó y se acercó a Barney. Ahora le daba la luz y Barney se alegró al comprobar que se trataba de Alguien, al fin y al cabo. «Curiosa forma de vestirse», pensó, «pieles de conejo en la cintura y ni zapatos ni calcetines.»

—¡Oh, uff! —exclamó Barney—. No llego a las piernas. ¡Hazlo tú, Stig!

Le tendió la navaja a Stig.

Stig la volteó, sopesándola con sus fuertes manos peludas, y probó la punta con el pulgar. Luego, en vez de intentar cortar las enredaderas, se puso en cuclillas y cogió una piedra partida del suelo.

«Va a afilar la navaja», pensó Barney.

Pero no, parecía más bien que estaba afilando la piedra. Valiéndose del duro cuchillo para pulirla, Stig raspaba con esmero pequeñas esquiras en la punta del sílex, hasta que obtuvo una hoja fina y afilada. Después se levantó de un salto y con dos o tres cortes liberó a Barney de la enredadera que le ataba las piernas.

Barney se incorporó.

—¡Caray! —exclamó—. ¡Sí que eres listo! Seguro que mi abuelo no sabría hacer una cosa así, y eso que es un manitas.

Stig sonrió. Luego se alejó hacia el fondo de la cueva y escondió la navaja rota debajo de un montón de basura.

—¡Mi navaja! —protestó Barney. Pero Stig ni se inmutó. Barney se levantó y se acercó a la zona oscura de la cueva.

Nunca había visto nada semejante a la colección de piezas sueltas, cachivaches, baratijas y trastos viejos que esa criatura, Stig, tenía esparcida por su guarida. Había vértebras y piedras, fósiles y botellas, cáscaras y latas, millones de ramas y ovillos de lana. Había neumáticos de coche y sombreros de viejos espantapájaros, tuercas y tornillos y bolinches de bronce. Había una carbonera llena de bombillas eléctricas fundidas y una pila de lavabo con tornillos y clavos oxidados. Había helechos y periódicos a montones que parecían hacer las veces de cama.

Era como si a aquel lugar no le hubiesen dado nunca una mano de limpieza.

—Ojalá yo viviera aquí —dijo Barney.

Stig pareció entender que Barney aprobaba su hogar, y se le iluminó el rostro. Asumió los aires del dueño de la casa que muestra sus propiedades al visitante, y empezó a señalar algunas cosas de las que parecía sentirse particularmente orgulloso.

Primero, la fontanería. Había encajado, donde el agua se colaba por una grieta del techo de la cueva, el guardabarros de una bicicleta. El agua corría por allí, luego por el tubo de una aspiradora y terminaba cayendo en un bidón grande que llevaba unas letras inscritas. A un costado había un balón de plástico rigurosamente cortado por la mitad, y Stig lo usó para sacar agua y ofrecérsela a Barney. Barney le dio un trago antes de descifrar las letras del bidón. Ponía: HERBICIDA. Sin embargo, el agua solo sabía a óxido y a goma.

El fondo de la cueva estaba a oscuras. Stig se dirigió a la parte delantera, donde las brasas de un fuego apenas humeaban ya, las sopló, cogió un libro de debajo de su cama, arrancó una página, la enrolló, le prendió fuego y la llevó hasta una lámpara que había en una hornacina de la pared. Cuando llameó, Barney pudo ver que en realidad era una vieja tetera, rellena con algún tipo de aceite y un cordón colgando por fuera a modo de mecha.

A la luz de la lamparilla, Stig fue a la zona más escondida de la cueva y se puso a golpear la pared y a señalarla, y a explicar algo en su extraña lengua de gruñidos. Barney no entendía una palabra pero reconoció el tono de voz, como cuando las personas mayores empiezan a decir: «Estoy pensando en derribar

esto y construir aquí, y una vez hecho esto...» Stig había estado excavando la pared, ampliando su cueva. Se veía un barrote de un viejo somier que había usado de piqueta y una bañera para bebés a rebosar de caliza suelta para tirar.

Barney emitía esa clase de sonidos interesados que uno supuestamente debe hacer cuando le cuentan que están pensando en poner papel pintado plástico con dibujos de ratoneras en la pared, pero Stig se fue hasta un manojito de nabos que colgaba de un hurgón clavado en la pared, le ofreció uno a Barney, cogió otro para él y empezó a comérselo. Barney se sentó encima de un fardo de viejas revistas atado con cuerdas y mordisqueó el nabo. El nabo era fresco, por lo menos, y le sabía mejor que la crema de espinacas que había escondido debajo de la cuchara durante la cena.

Barney miró a Stig. «Mira por dónde, he descubierto a un vecino de lo más curioso», pensó. Stig no sería mucho más grande que él, pero sí muy fuerte, y sus manos parecían más hábiles que su rostro. Pero ¿cuántos años tenía? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Una centena? ¿Un millar?

—¿Llevas mucho aquí? —preguntó Barney.

Stig volvió a sonreír.

—Mucho —contestó—. Mucho, mucho, mucho. —Pero parecía más un eco, o un loro imitando a alguien, que una respuesta a su pregunta.

—Yo estoy en casa de mi abuela —dijo Barney. Stig se limitó a mirarle. «Bueno, vale», pensó Barney, «si no le apetece hablar, no importa.» Luego se levantó.

—Será mejor que me vaya —anunció—. Gracias por tu hospitalidad. ¿Puedes devolverme la navaja, por favor?

Stig seguía con una expresión de desconcierto.